

LA MOLINERA

(versión Nicolás Fernández Compadre)

En cierto lugar de España
había un molinero honrado
que se ganaba el sustento
con un molino arrendado;
y era casado
con una moza
que era una rosa,
y era tan bella,
que el Corregidor, madre,
se prendó de ella.
La visitaba,
la festejaba,
la prometía,
hasta que un día
la declaró el asunto
que pretendía.

Contestó la molinera:
Vuestros favores admito,
pero temo mi marido
nos atrape en el garlito,
pues el maldito
tiene una llave
con la cual cierra,
con la cual abre
cuando es su gusto,
que si viene y nos pilla
nos da un gran susto.

Contestó el Corregidor:
Pues ya haré yo que no venga,
enviándole en el molino
cosa que allí le entretenga;
pues como digo
será de trigo
porción bastante,
que lo muele esta noche
que es importante,

bajo una idea
que tengo oculta
bajo una multa
de doce duros

y, de este modo, podemos
estar seguros.

Aceptó la molinera
sin más ruego ni porfía,
y el Corregidor dispuso
todo lo que dicho había.
Pero aquel día
llegó al molino
un pasajero
que entendía el oficio
de molinero.
Le dijo: Amigo,
si usted es gustoso
si usted está ansioso
por irse, amigo,
váyase, que esta noche
se moldrá el trigo.

A las doce de la noche
arranca como un cohete,
llega a su casa
y allí se mete
en un retrete
con gran empeño,
y encuentra ama y Corregidor
dados al sueño.

El molinero se puso,
de contento y alegría,
del Corregidor la ropa
y quitó la que traía,
en una silla
bien preparada,
sin faltar nada,
reloj, bastón,
capa y espada.
Tomó la guía
para su casa
por ver si pasa,
llamó a la puerta,
y contestó el criado
que estaba abierta.
Y como iba

tan disfrazado,
sin ser notado
se fue a la cama
donde la Corregidora
que es linda dama.

Despertó el Corregidor
y ver la hora procura,
y al echar mano al reloj
extrañó la vestidura;
la molinera
toda se altera
y ha respondido:
¡Si esa es la ropa
de mi marido!;
yo no se ahora
donde me oculte
ni me sepulte
que él no lo entienda;
yo me voy con usía
que me defienda.

El Corregidor
en vestirse poco tarda,
con capa parda,
chupa y calzones
con mil remiendos,
y las medias atadas
con unos vendos,
y unas albarcas
de piel e vaca,
con una estaca
y una montera
arranca para su casa,
síguele la molinera.

Llamó a la puerta
y nadie le respondía;
tanto llamó que de adentro
le dicen: - Qué se ofrecía.
A grandes voces:
- ¿No me conoces
que soy tu amo?
¿Cómo no abres la puerta
cuando te llamo?.
- ¡Calle y no muela,

vaya a su abuela
con esa trama,
que mi amo está durmiendo
tranquilamente en su cama!.

Despertó la Corregidora
y le dijo: - ¡Ay osado!
¿cómo has entrado
y has profanado
mi gran decoro?.
Y el molinero le dice
en buenos modos:
- Calle, señora,
que en saliendo a la calle
lo sabrá todo
por el cuitado,
tan afrentado,
con gran paciencia;
después de sufrir los cuernos
la penitencia.

La molinera
no sabía dónde encubrirse
hasta que el molinero
quiso vestirse.
De que salieron
y allí, en la calle,
todos se vieron,
sin que nadie lo notara
en la casa se metieron.
Como hombres sabios,
sin desagravios,
por el desquite,
celebraron el suceso
con un convite.

Por el dinero
hay más corregidores
que molineros.